

## Texto para el debate: “Redes Afectivas y Revoluciones”

CSA La Ortiga (Valladolid) Miércoles 8 de Noviembre

Extraído del ensayo “Redes Afectivas y Revoluciones” de B.Vasallo.

(Páginas 1 a 26 )

En una época especialmente intensa en reivindicaciones, resistencias, disidencias y debates, también la monogamia se está poniendo sobre la mesa. Aunque parezca un mal menor cuando nos estamos enfrentando al mismísimo Mal en mayúsculas - al capitalismo salvaje, a la precarización última de las vidas, a la destrucción del planeta, al auge del fascismo - el sistema monógamo, es una extraordinaria herramienta de control social que secuestra nuestra sexualidad y nuestros afectos y determina la manera en que construimos esos nuevos mundos a los que aspiramos. Y los construimos infectados con el germen mismo de las estructuras que queremos combatir. En la base del secuestro está un ideal romántico que tenemos totalmente naturalizado. Bombardeadas desde el nacimiento mismo a través de todos los cuentos infantiles, de todas las películas, de toda la música, de toda la literatura que no ha sabido poner en duda el modelo sino que se ha dedicado simplemente a narrar sus consecuencias: toda nuestra producción cultural está impregnada de monogamia, de patriarcado y de heteronormatividad.

El amor y el desamor, que son lo mismo, al fin y al cabo. La trama ultrasabida de chicx encuentra a chicx, flechazo, aparición de un tercer elemento en discordia, siempre en discordia, y dramón al canto. Y vamos naturalizando que el dramón es la única salida, la única respuesta, la única manera de vivir el amor. Pero ese amor es una construcción totalmente interesada. Permittedme que rechace el término “amor romántico” y lo sustituya por “amores disney”. Introducir la palabra romántico nos lleva directamente a las imágenes de cenas con velitas y fines de semana revolcándonos frente a la estufa. Y en nuestro mundo nuevos, todas queremos velitas y revolcones. Tranquilas: el veneno no está ahí, sino en el siguiente paso, en la transformación de eso en un “amor Disney”. El amor Disney es un amor eterno, único y exclusivo. Una historia de cuento que, sin embargo, no nos hace inmunes al “El amor libre, que nació como resistencia, se ha ido despolitizando para convertirse en una siembra de cadáveres emocional ” . Lo que debería ser una buena noticia, porque un mundo de personas inmunes al amor sería un infierno peor que el que vivimos, es una mala noticia porque entra en contradicción con eso que hemos aprendido a llamar amor. En la vida real nos enamoramos, amamos, y seguimos enamorándonos a nuestro pesar de otras personas, seguimos sintiendo el latigazo de la pasión, de los deseos, de la curiosidad, seguimos cruzándonos con seres que nos conmueven (conmover, ¡qué gran palabra!). Y es ahí donde somos secuestradas. Donde nos negamos, nos prohibimos sentir. O prohibimos a las demás que lo hagan. Si un sistema semejante no ha explotado por sí mismo es porque, como buena olla a presión, tiene válvulas de escape. Hay dos principales: la mentira (o las verdades a medias) y la desvinculación. El adulterio de toda la vida, sobrellevado de muy diversas maneras, nos ayuda a vivir, sin duda, pero no hace más que alimentar el sistema, impidiéndonos plantarle cara. Sobre la desvinculación hablamos menos, pero es altamente nociva, pues atiende nuestras pulsiones y pasiones negándonos el vínculo, convirtiendo a los seres con los que nos relacionamos en meros objetos de satisfacción.

El usar y tirar. Es el capitalismo salvaje de los afectos. El amor libre, que nació como resistencia a la institución del matrimonio, se ha ido despolitizando para convertirse en una siembra de cadáveres emocional que tiene más que ver con una libertad neoliberal que con el amor. Con los amores. ¿Cómo imaginar el amar, fuera de este sistema de secuestro? Tal vez deberíamos empezar por definir el amor mismo. Es la primera pregunta que hago en los talleres #OccupyLove y las respuestas siempre son semejantes: el amor es felicidad, es plenitud, es generosidad, es complicidad, es buen sexo, es cariño, es comprensión, es cuidados. Si el amor es todo eso, estamos a un paso de cargarnos el sistema monógamo. Porque nada de eso lleva necesariamente a la monogamia. Ninguna de esas cualidades incluyen la exclusividad, la rabia, el dolor, la sospecha, la inseguridad, el control o la posesión. El amor es plenitud... el dolor y todo lo demás llega ante el temor de perder esa plenitud. Ante la amenaza.

La amenaza sí que es inherente a la monogamia, pues va de la mano de la exclusividad. En el sistema de pensamiento monógamo, los amores se excluyen los unos a los otros. Además, se jerarquizan los afectos, de manera que el amor único y sus derivados “naturales” (la pareja, la familia) tienen un estatus superior a otros afectos, como son la amistad. Y en la cúspide de esa jerarquía solo hay un único espacio. Si desmontamos la jerarquía y proponemos un esquema horizontal, donde los afectos no se jerarquicen y los amores no se sustituyan, la amenaza desaparece. Pensar el amor, los amores, desde un esquema de redes afectivas, unas redes que aspiren a ese rizoma deleuziano que proponía sustituir los árboles (¿genealógicos?) por los infinitos campos de patatas, cambia todo el planteamiento de nuestras vidas. Pensar los amores desde lo inclusivo nos lleva a pensar el mundo desde lo inclusivo. La diferencia desde lo inclusivo. Desde la convivencia. Desde la suma y no la resta. Desde la cooperación. “Pensar los amores desde lo inclusivo nos lleva a pensar el mundo desde lo inclusivo. Desde la convivencia.” 12 Amores en red. Políticas en red. Subversiones en red. En un esquema así, no hay jerarquías: los núcleos afectivos cambian y varían de intensidad, de frecuencia, de potencia, pero todos están interconectados, todos se alimentan entre ellos. En las redes, los amores no son desechados ni sustituidos, sino que se transforman, cambian de lugar o de configuración como cambia la vida misma, pero siguen formando parte del conjunto, de lo que somos. Las personas, los amores de nuestras amadas, reales o potenciales, no son amenazas, ¿por qué habrían de serlo si no son llamadas a sustituirnos? El amor, pensado así, se construye a cada paso. El amor no es el rayo que te parte, no es la flecha de cupido. Eso es la atracción. Una atracción que se puede convertir en infinitas maneras de relación. Y que descarga de la obligatoriedad y de la necesidad de ser “la mejor”. No hay contienda, no hay competición. No hay guerra. Si somos capaces de crear esta propuesta desde nuestra parte más frágil, que son los afectos, trasladarla a todos los demás aspectos de nuestra vida no debería ser tan complicado.

## Abriendo diálogo del Común Comentario

Pienso que el amor nace dentro de uno mismo y no en una relación de pareja, y lo sé porque me he enamorado muchas veces de personas que no me han correspondido, cuando eso sucede reprimes tus sentimientos para no crear conflicto. La realidad es que nos enamoramos muchas veces en la vida, pero la pasión tiene fecha de caducidad y el amor erótico se transforma en otro tipo de amor más maduro, similar al amor fraterno o una amistad profunda, donde ya hay emociones que van más allá de tener el cuerpo de esa persona en tu cama todo el día. Cuando tienes más necesidad de estar siempre con la persona amada es mientras dura la pasión, entonces crees en cualquier cosa, que durara para siempre, que todo irá bien, que la otra persona es la pieza que falta en tu vida, ignoras sus defectos o piensas que el amor los puede cambiar, es el tipo de amor hormonal adolescente, pero por suerte eso acaba pasándose. En ese punto muchas parejas dicen que se les acabó el amor y se separan, otras siguen juntas, por muchas razones conocidas por todos. Pero puede suceder que cuando se llega a esa fase uno de los miembros de la pareja o los dos se enamoren de otras personas, pero siguen queriéndose con ese otro amor madurado. Ahí se genera un conflicto, unos reprimen ese nuevo enamoramiento, por todas las razones por todos conocidas, pero otros deciden llevar los dos a la vez, hasta que la cosa se descubre... Ahí se suele decir que ya no se quería de verdad al primer amor, y por eso se le ha “traicionado”, pero eso no tiene porqué ser así. El problema es que el segundo amor es tan verdadero y bueno como el primero y es muy duro renunciar a él, y hay gente que no lo hace.

Todo esto no son teorías ideales, lo vemos en la realidad cotidiana, mucha gente ya no vive en parejas para toda la vida, existe el divorcio, la monogamia sucesiva, los y las ex, y muchos niños crecen conviviendo con otras parejas de sus progenitores. Esa es la realidad, y sin embargo seguimos creyendo en la monogamia como ideal absoluto, lo que choca con nuestras propias vidas, haciendo tanto daño como los ideales de belleza en chicas anoréxicas. Mucha gente sigue llevándose bien con sus ex e incluso acostándose con ellos pasado un tiempo, lo que demuestra que las relaciones siguen vivas aunque no exista ya una pareja formal. El amor sirve para establecer vínculos duraderos, a pesar de la monogamia estricta.

Conservar esas relaciones sería mucho más constructivo que lo que se hace ahora, que es cortar la relación en cuanto no encaja en el ideal y si te he visto no me acuerdo, o evitar vincularnos con quienes nos acostamos, reduciendo todo al sexo, lo cual no lleva a ninguna parte, es como hacerse pajas con carne. En cambio si mantenemos los ex como amores maduros que son con el tiempo al final se va formando una red que se complementa con la familia, amigos y demás. No es abolir la monogamia sino ser realista, y no cortar sino complementar, integrar, sumar. Algo que hoy es posible gracias a las redes sociales, ya no tenemos porqué perder ni olvidar nuestros amores de juventud por culpa del tiempo y la distancia. Nos hemos educado teniendo la monogamia estricta para siempre como el ideal supremo de amor, y todo lo que se sale de ahí es visto como simples placeres egoístas, de usar y tirar.

Por eso confundimos el amor libre con follar con quien nos dé la gana, como prueban algunas respuestas, cuando amor libre significa amar libremente a las personas que queremos cuando queremos y dar amor sin esperar nada a cambio. No simplemente sexo. En cambio seguimos entregando la mayor parte de nuestro tiempo y energías en exclusiva a un solo amor, y expulsando de nuestras vidas o dejando en segundo plano a otras personas que también nos quieren, y que no son solo otras posibles parejas sexuales, sino también familiares o amigos. Y paradójicamente esa

exclusividad deja a mucha gente sin recibir ningún tipo de amor, pues a la hora de formar una pareja somos mucho más exigentes porque tácitamente sabemos que tendremos compartir mucho de nuestra vida con ella. En un momento dado podemos llegar a sentir algo por una persona tullida, gorda, o de estatus social más bajo, pero reprimimos esa emoción porque no nos interesa tener una relación de pareja, con todo lo que ello implica, con esa persona. Así mucha gente termina sola no porque nadie sienta algo por ella, sino porque no encaja con el ideal de amor dominante. La monogamia estricta hace daño porque te obliga a cortar una relación sino cumple todos los requisitos, y porque te hace expulsar de tu vida a mucha gente que en un momento dado te podría echar una mano, por ejemplo en tareas como educar a tus hijos o atender ancianos. Con lo cual desde un punto de vista práctico, también es dañina. El poliamor no deja de ser otro ideal si se pretende que consista en tener varias relaciones amorosas de tanta pasión e intensidad como las románticas a la vez, eso es muy complicado, porque la pasión es una emoción volátil, y se puede volver incluso más exigente que la monogamia. Por eso mucha gente lo mira con recelo. Pero si pensamos el poliamor como mantener los vínculos creados a través de la pasión, aun cuando esta pierda intensidad y nos enamoremos de otras personas, algo que está más cercano a la realidad del poliamor que lo que se dice por ahí, es perfectamente viable, y práctico.

### **POLYAMOR Y REDES AFECTIVAS ¿reforma o revolución?**

El paraguas "polyamor" acoje y da cobijo a muchas formas distintas de vivir relaciones consensuadamente no-monógamas y no-posesivas, formas que están en construcción, en conceptualización y en proceso de puesta en común con todos sus matices. En tanto que incipiente y relativamente nuevo, no estamos planteando el polyamor, las redes afectivas, la anarquía relacional como sistema que sustituya al monógamo, sino como una serie de pensamientos y vivencias que abran espacio para construcciones personales y disidentes. No buscamos modelos, sino que compartimos referentes y propuestas. Las discrepancias entre nuestras formas de pensar y de vivir nos alimentan y nos ayudan a crear relaciones DiY (Do it Yourself) a partir de herramientas como la comunicación, la empatía y el desafío a las formas establecidas por una moral y unas costumbres que no sentimos como nuestras. Sin embargo, a medida que vamos creciendo como colectivo, dándonos y adquiriendo sentido, aparece una cuestión de fondo que afecta directamente al alcance de la deconstrucción que las nuevas estructuras afectivas proponen.

¿Hasta dónde llega nuestro pensamiento crítico amoroso? ¿Hasta dónde llega el poder transformador de nuestra propuesta? ¿Hasta dónde alcanza eso que insistimos en llamar política? Desgraciadamente, el polyamor se inscribe en un terreno, en sentido literal y metafórico. Un terreno marcado por centros y periferias, por privilegios y subalternidades. El contexto desde el que tratamos de pensar y de vivir, muy a pesar nuestro, es el heteropatriarcado capitalista, esos palabrejos tan de trinchera que vienen a definir un mundo de relaciones desiguales, donde se nos asigna, así de entrada, un montón de imposibles, por ejemplo, una clase social que no mejora proporcionalmente al esfuerzo que le pongas, una nacionalidad que determina desde tu movilidad hasta tu esperanza de vida, un entorno cultural que te empapará de estructuras invisibilizadas, y un género que decidirá, al margen de tu opinión, desde tus deseos sexo-afectivos hasta tu gusto en cuestión de colores. Que somos una amalgama de privilegios y opresiones es algo tan evidenciado ya que da vergüenza escribirlo.

Pero, por obvio que sea, hay que seguir recordándolo hasta la náusea, hasta que saltarse por alto esa obviedad suponga un descrédito tan grande que acabe con tu vida social para siempre. Todos y todas somos una mezcla de opresiones y privilegios, y tenemos una sensibilidad a flor de piel para lo que concierne a nuestro cachito de opresión, pero somos bastante más laxas en lo que a opresiones ajenas se refiere, con la excusa aquella de que si no afecta directamente, parece que no se ve. Así, en el movimiento polyamoroso tenemos claro que la monogamia es el demonio, pero pensar la monogamia como si de un champiñón aislado se tratase es, como poco, hacer trampa: es querer abrir una brecha en el trocito de monogamia que nos oprime personalmente, pero dejar intactas las partes que oprimen a los y las demás... y en las que yo, probablemente, tenga mis privilegios bien asentados.

El ejemplo clásico es el omnipresente hombre, blanco, cis, hetero de clase media que, precisamente por haberle tocado el bingazo de la lotería del privilegio, tiene serios problemas para entender la relación entre el sistema monógamo y la violencia de género, convencido como está de que el machismo ni es para tanto, ni es necesario erradicarlo para construir relaciones amorosas más sanas. Pero este no es el único ejemplo, compañeras: las blancas, heteros, cis de clase media somos reacias a aceptar las críticas trans cuando hemos pisoteado una de sus áreas sensibles (¡y coreamos nosotras también el “vamos, vamos, chicxs, no es para tanto!”), o nos dedicamos a dar charlas y escribir artículos como si no hubiese mujeres que necesitan la monogamia para asegurarse la crianza compartida de sus hijos e hijas, por poner un ejemplo sencillo.

Si nos nombramos políticas, tenemos que ponernos las pilas, remangarnos y cavar hasta encontrar las raíces múltiples del sistema. Tenemos que atrevernos a mover cosas que nos afecten, a reconocer errores, a escuchar puntos de vista y necesidades que ni hubiésemos imaginado. A no ofendernos cuando el problema nos apunta directamente: como decía Italo Calvino, el infierno lo formamos estando juntos y juntas. No lo hacen solo los demás. De lo contrario, el polyamor será apenas una corriente buenrollista de las que afirman que la monogamia no es un sistema 25 sino una opción como cualquier otra, que el amor no se puede racionalizar para no quitarle la magia y que los Reyes Magos son 3 y viene de Oriente. Será, al fin, una reforma de la monogamia como quien reforma un baño de pisito desarrollista poniéndole baldosas nuevas. Y será, sobre todo, una ocasión perdida para hacer una revolución desde los afectos que constituya un cambio significativo, real, profundo y perdurable en nuestra forma de amarnos, de follarnos, de vincularnos.

“No vale la pena desmontarlo todo para volver a montar lo mismo con otro nombre. Desde la intimidad menos vistosa de nuestra vida privada, sí, pero con las bases mucho más perdurables, mucho más transformadoras, de la vida propia como revolución cotidiana.” B.Vasallo